

en las espesuras, los exploró y acabó por convencerse de la exactitud que encerraba el relato de los indígenas. Un poco más tarde Macgillivray observó al megapodo túmulo en la isla de Nogo del estrecho de Endeavour.

«No hay ave, dice, tan recelosa y difícil de cazar como el megapodo túmulo, que habita las breñas de las márgenes de las bahías. Jamás encontré nido alguno situado á mas de cien brazas del mar: cuando se asusta esta ave, rara vez se remonta, á no ser que se encuentre en el lindero mismo de las espesuras. Comunmente corre por el suelo algun tiempo antes de elevarse; su vuelo es pesado, pero no ruidoso. Rara vez franquea un gran espacio; acostumbra á posarse casi en seguida en cualquier árbol; allí se detiene, con el cuello tendido, observando todos los movimientos del cazador, emprendiendo el vuelo apenas se aproxima. Para demostrar cuán grande es su desconfianza, diré tan solo que tres cazadores que habian ido á un pequeño tallar, en Nogo, para tirar á los megapodos, no pudieron ver uno solo, aunque espantaron á varios. En Puerto-Essington maté uno en un matorral de mangle, cuyas raíces estaban bañadas por la marea alta; el capitán Blackwood cazó otro que corría sobre el fango: ambas aves se hallaban cerca de su nido.» Gilbert añade que el megapodo túmulo está siempre en las espesuras mas impenetrables, á orillas del mar, y no se aventura lejos por el interior de las tierras. Vive apareado ó solitario; busca su alimento en el suelo; come raíces, que desentierra fácilmente con el auxilio de sus vigorosas uñas, granos, insectos, y sobre todo grandes coleópteros. Su voz se asemeja al cacareo de la gallina, terminando con un grito que se parece bastante al del pavo real.

Los nidos varían en cuanto al volúmen, la forma y los materiales empleados. Por lo comun hállanse situados cerca de la orilla del mar y se componen de arena y conchas; algunos contienen fango y madera podrida. Gilbert halló uno que medía 5" de alto por casi 20" y otro de 50" de circunferencia; Macgillivray vió igualmente uno de las mismas dimensiones. Es probable que estos nidos gigantescos sean obra de varias parejas, y que cada año los agranden en todos sentidos. La cavidad del nido tiene una direccion oblicua por abajo, bien sea interiormente, desde el borde de la cima hácia el centro, ó ya por fuera, desde el centro de la cima hácia la pared lateral. Los huevos se hallan á 2 metros de profundidad, y á la distancia de 0",60 á 0",90 de dicha pared. Los indígenas contaron á Gilbert que estas aves no ponen sino un huevo en cada cavidad, y que la llenan luego de tierra, apisonándola perfectamente en el sitio de la abertura. Por las recientes huellas que se observan en la cima y en los lados del montecillo, reconócese con facilidad si un megapodo acaba de abrir un hoyo; la tierra está entonces muy floja, y cuanto mas reciente es la cavidad, mejor se introduce una varilla. Se necesita cierta costumbre y mucha paciencia para alcanzar los huevos: los indígenas socavan con las manos, y no sacan mas arena de la necesaria para poder deslizarse por la abertura, echando entre las piernas la que van extrayendo. Muchas veces han de poner á prueba su paciencia, porque deben socavar á una profundidad de 2 metros antes de encontrar huevos, y entre tanto padecen horriblemente con el calor y las picaduras de millones de mosquitos. Los huevos están colocados verticalmente, con la punta gruesa dirigida hácia arriba; su volúmen es muy variable, pero se parecen por la forma. Su diámetro longitudinal es de 0",09, y el trasversal de 0",06: su color varía segun la naturaleza de los materiales que los rodean; los que están en una tierra negra son de un tinte uniforme pardo rojizo oscuro; los que se hallan en la arena, de un amarillento sucio. Este color es debido á una delgada capa que cubre el huevo; si se quita, encuéntra-

se la cáscara enteramente blanca. Dicen los indígenas que esta ave pone los huevos por la noche, y con varios días de intervalo.

Ni Gilbert ni Macgillivray han visto cómo salían á luz los pollos, mas el primero encontró uno en un hoyo de 0",66 de profundidad; estaba sobre una capa de hojas secas y no parecia contar mas que algunos días de vida. Gilbert hizo todos los esfuerzos posibles para criarle; púsole en una jaula bastante espaciosa, llena en parte de arena; comió sin dificultad granos, lo cual infundió alguna esperanza de conservarle; pero era tan salvaje é indómito, que no pudo soportar el cautiverio, y fué preciso darle libertad. Mientras estuvo en la jaula, escarbaba en la arena continuamente, acumulándola en uno de los rincones, con una ligereza y vigor verdaderamente admirables, puesto que apenas tenia el individuo el tamaño de una calandria. Para escarbar no se servía mas que de una pata, con la cual cogía cierta cantidad de arena, y la arrojaba detrás de sí sin ningun esfuerzo aparente. Esta necesidad de trabajar indicaba, al parecer, una inquietud natural é instintiva; hubiérase dicho que procedía de este modo, mas bien para hacer ejercicio con sus patas vigorosas, que para buscar alimento. Por la noche se agitaba de tal modo aquel ave, y hacia tan grandes esfuerzos para evadirse, que su amo no podía dormir.

No sé si se han tenido megapodos adultos en cautividad observándoles algun tiempo; tampoco no he oido ni leído que una de estas notables aves haya venido viva á Europa.

LOS CRÁCIDOS—CRACIDÆ

CARACTERES.—Los crácidos, familia muy particular del orden que comprende mas de cincuenta especies, son aves esbeltas, de talla grande ó mediana; tienen alas muy redondeadas, con las cuatro ó cinco primeras rémiges cortas, escalonadas y á veces puntiagudas; la cola larga, redondeada ó igual, se compone de doce rectrices fuertes y resistentes; el pico es relativamente mas largo que el de las verdaderas gallináceas, pero mas corto que el de los colombidos; voluminoso hácia la punta, que es ancha y ganchuda, y cubierta por detrás de una cera que se extiende sobre las fosas nasales y reviste la callosidad que tienen delante de la frente la mayor parte de las especies. Los tarsos son medianamente gruesos y largos; los dedos delgados, situados todos en el mismo plano: las uñas largas, bastante delgadas, puntiagudas y ligeramente curvas. En el plumaje, duro y compacto, dominan los tintes oscuros.

En ciertos individuos, las plumas ofrecen un carácter particular: los tallos se ensanchan mucho á partir de la raíz, y solo se adelgazan hácia la punta. En algunas especies se marca tanto esta forma, que el tallo aparece en medio de la pluma diez ó veinte veces mas ancho que en el extremo, y seis ó diez mas que en la raíz; la parte ensanchada del tallo no tiene mas que plumon, mientras que las angostas presentan barbas largas.

El esqueleto se asemeja bastante al de las verdaderas gallináceas: la columna vertebral comprende catorce vértebras cervicales, siete dorsales y seis caudales; el cuerpo del esternon está medianamente escotado, y la quilla muy alta; el húmero y el fémur son neumáticos; el buche existe; el ventrículo sub-centuriado es pequeño, y la molleja muy musculosa. La tráquea presenta, entre otras diversas particularidades de estructura, una forma muy especial: baja por los lados del tórax; describe una ó varias circunvoluciones, y se hunde despues en el pecho: en algunas especies presenta diversas dilataciones.

LOS HOCOS—CRACINÆ

CARACTÉRES.—Los hocos, que constituyen una sub-familia, son aves bastante fuertes: tienen la cabeza lisa ó cubierta de un mechón de plumas enroscadas; el círculo de los ojos aparece desnudo, á veces tambien lo está una pequeña parte de las mejillas; el pico es alto en la base, cubierta esta por una cera ó bien con un tubérculo calloso; tanto es como aquella se hinchan mucho en el período del celo; pero en una especie se trasforman en una grande prominencia en forma de pera, mientras que en otra está representada por una especie de cuerno situado mas hácia el centro de la cabeza. El pico es además comprimido lateralmente, corvo en la arista ó muy afilado; los tarsos robustos y poco altos; los dedos bastante largos; las alas cortas, redondeadas y sub-obtusas, con la séptima y octava rémiges mas prolongadas; la cola es bastante larga, ancha y redondeada; la parte superior de la cabeza y el occipucio están cubiertos de una especie de moño en forma de cresta ó cimera, compuesta de plumas delgadas y erectiles, inclinadas un poco hácia atrás y luego hácia adelante; la línea naso-ocular está cubierta de pequeñas plumas en forma de pincel; las plumas de las mejillas, de la parte alta del cuello y de la rabadilla son blandas, casi lanosas; las de la parte inferior del cuello y el tronco, por el contrario, duras y fuertes.

EL HOCO ALECTOR—CRAX ALECTOR

CARACTÉRES.—El hoco alector (fig. 150), tipo de la familia, tiene la cera y la corona carnosas de la base del pico de color amarillo; el plumaje de un negro azul brillante, excepto el vientre; la rabadilla y la extremidad de las rectrices, blancas; el ojo de un tinte pardo; el pico en la base amarillo y en lo demás de color de cuerno; los piés de un rojo de carne. La longitud es de unos 0",95; la de las alas de 0",42 y la de la cola de 0",32.

La hembra tiene la cabeza negra, lo mismo que el cuello, el pecho y el lomo; el vientre rojo; las alas y las piernas onduladas de rojo amarillo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Todas las especies de estas aves habitan el sur y centro de América y el sur de México. El hoco alector vive en el interior del Brasil, desde la Guayana hasta el Paraguay, donde se le ve en todos los bosques.

De los datos obtenidos de los naturalistas que observaron esta ave en su patria, y de las observaciones que hemos podido hacer en individuos cautivos, parece resultar que su género de vida es análogo al de otras especies, y por lo tanto será conveniente dar una explicación general de sus usos y costumbres.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—La existencia de los hocos parece depender de los árboles, y jamás abandonan las selvas sino por algunos momentos. Se les encuentra muchas veces en tierra, donde corren con mucha rapidez si el terreno es llano; pero con mas frecuencia se les ve posados en los árboles, ya por parejas, durante el celo, ó bien en grupos de tres ó cuatro individuos, en las demás estaciones. Muévense despacio entre el ramaje, aunque con bastante destreza. Su vuelo es bajo, horizontal y poco sostenido: las diversas especies tienen una voz extraña, que varía en todas ellas: las unas mugen; las otras silban; algunas gruñen; las hay que gritan con tono gutural *hu, hu, hu, hu*, y varias emiten el sonido *racka, racka*. Oyese principalmente su voz durante la estación del celo, sobre todo por la mañana, cuando despues de haber despertado abandonan el interior

de los bosques para ir á posarse en los claros, á orillas de las corrientes de agua.

Los indios refirieron á Schomburgk que una especie (*Crax tomentosa*) empieza regularmente á gritar cuando la constelación de la Cruz meridional llega al punto mas alto de su marcha, y el citado viajero experimentó que esta extraña noticia es exacta. Mucho tiempo no habia creído en tal cosa, porque observó que la Cruz llegó á su punto mas alto precisamente á las cuatro de la mañana, hora en que regularmente el ave deja oír su voz lastimera y sonora. «El 4 de abril, dice Schomburgk, la primera estrella de la Cruz acababa de llegar al meridiano á las once y veinticinco minutos, y en el mismo momento resonaron los sonidos sonoros del eco por el silencio de la noche. Despues de un cuarto de hora la tranquilidad mas profunda reinaba otra vez al redor nuestro. Como nunca habíamos oido á esta hora la voz del ave, la noticia se demostró en este caso tan exacta que ya no podíamos dudar del hecho.»

Cuando los hocos viven libres, aliméntanse principalmente de frutas. Azara dice que se les puede dar de comer lo mismo que á las gallinas; pero añade que no digieren el maíz, del cual se encuentran los granos intactos en los excrementos: todos los observadores, excepto Martius, indican que su régimen es esencialmente frugívoro. «En su estómago, dice el príncipe de Wied, encontré, ya enteros ó á medio digerir, varios frutos y nueces, algunos de los cuales eran tan duros, que no se podían cortar con un cuchillo.» Schomburgk confirma lo dicho por este autor, añadiendo, que la carne tiene con frecuencia un olor aliáceo penetrante, y un gusto muy fuerte, lo cual atribuye á una liana que constituye el principal alimento de estas aves.

«Los indios, refiere, estaban ocupados en preparar un terreno para poner nuestras tiendas, y con cuchillo de caza en mano, cortaban los zarzales y las lianas, cuando hirió mi olfato un olor aliáceo muy fuerte y penetrante; de tal modo que me parecia estar en medio de un campo de ajos. Ahora bien, luego vi que este olor procedía de los tallos y hojas de una liana, y sin duda esta es la que constituye el alimento de los hocos, en la época en que su carne exhala ese olor especial.»

Bates observa que en los bosques que bordean el Amazonas, no bajan estas aves nunca al pié de los árboles, lo cual indica, no solo que pasan allí la mayor parte de su existencia, sino tambien que encuentran abundante alimento. En los jardines zoológicos se ha observado tambien que los hocos y los penélopes se distinguan de todas las gallináceas por la manera de tomar lo que comen; no arañan el suelo, y se contentan con recoger sus alimentos ó picotearlos como las palomas.

Respecto á la manera de reproducirse los hocos, solo sabemos que anidan en los árboles y no en tierra. «Construyen sus nidos, dice Martius, en el ángulo que forma la bifurcación de una rama, muy cerca del suelo; es de forma plana, y se compone de briznas, segun pude ver yo mismo. Por lo que me han asegurado los indios, la hembra no pone mas que dos huevos blancos, mayores y mas sólidos que los de gallina.» Schomburgk y Bates confirman el aserto.

Como pues la puesta del hoco solo consta de dos huevos, es probado que el príncipe de Wied se equivoca al asegurar que el hoco carunculado pone cuatro; además este naturalista dice con toda intencion que nunca él mismo ha encontrado un nido de estas aves. Sobre la vida en la juventud de las mismas no conozco ningun relato de viajeros fidedignos; pero precisamente este punto seria de gran importancia para la historia de los hocos.

CAZA.—La carne de los hocos tiene la blancura de la de

la paloma y el gusto de la del pavo, y por lo mismo se los persigue mucho, sobre todo en el período del celo, época durante la cual indican su presencia con sus gritos sonoros.

En el interior de los bosques, lejos de las casas, no tienen los hocos miedo al hombre: Sonnini dice haberse encontrado en medio de ellos, en la Guayana, sin que hiciesen ademán de huir. Así pues, se pueden coger sin trabajo, y matar varios de ellos antes de que los otros se alejen; miran atemorizados á su compañero muerto; pero solo abandonan un árbol para posarse en otro poco lejano. Cerca de los lugares habitados, se muestran en cambio muy tímidos y recelosos; el menor ruido les asusta, y huyen á la vista del hombre.

CAUTIVIDAD.—Los hocos cautivos que se encuentran

en todos los establecimientos indios, proceden, según Martius, de huevos recogidos en el bosque y cubiertos por gallinas, pues en cautividad no se reproduce la especie sino en ciertas circunstancias excepcionalmente favorables; y hasta aseguraron los indios á Schomburgk, que no había ejemplo del hecho. Bates parece haberlo observado también, y manifiesta que es difícil decir por qué los indios no han convertido estas magníficas aves en animales domésticos, puesto que se familiarizan muy pronto. «El obstáculo consiste en que no se reproducen cuando están cautivas, lo cual conviene acaso con su vida arborícola. Repetidas y continuadas pruebas, hechas con perseverancia, producirían sin duda mejores resultados; pero los indios no tienen para ello paciencia, ni son

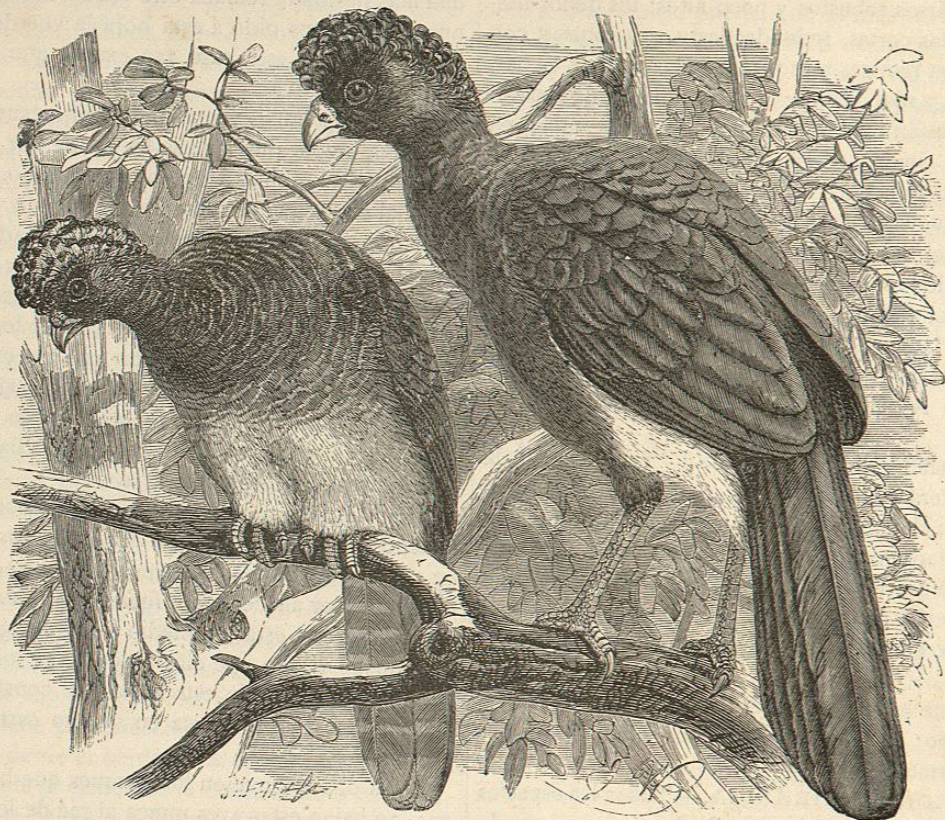


Fig. 150.—EL HOCO ALECTOR

bastante inteligentes, aunque no se pueda decir que les inspiren indiferencia estas aves. El pavo común, aclimatado en la América meridional, es muy apreciado por ellos.»

Vamos á ver ahora que esta opinión de los viajeros no es del todo fundada; pero lo que acabamos de exponer contribuirá á que se aprecien en su justo valor las esperanzas que concibieron algunos criadores respecto á las aves de que se trata.

Todos los autores reconocen unánimemente que los hocos se domestican con facilidad. Azara dice que en las colonias, no solo viven como domésticos, lo mismo que las gallinas, sino que han llegado á ser verdaderas aves de casa. Sonnini ha visto en la Guayana bandadas de hocos domesticados, que corrian por las calles sin temor al hombre; vuelven con regularidad á las casas donde se les ha dado una vez de comer, y aprenden muy bien á distinguir á la persona que los cuida; para dormir se posan, lo mismo que los pavos, en sitios altos, como por ejemplo, en los tejados de los edificios elevados. Bates refiere la historia de un hoco que se encariñó con su amo y parecía formar parte de la familia: presentábase á la hora de comer, corria al rededor de la mesa, iba de una persona á otra para que le diesen algo, y de vez en cuando fro-

taba su cabeza contra la mejilla ó el hombro de su amo. Pasaba la noche cerca de la hamaca de una joven, á la que parecía profesar particular cariño. Creeríase que por semejante familiaridad, debían ser los hocos las aves favoritas de todos; y sin embargo, á muchas personas no les gusta tenerlos en cautividad. Verdad es que tienen sus defectos, sobre todo el de tragarse todo cuanto brilla, tal como botones de oro, etc., los cuales pierden su forma en el estómago del ave, sumamente musculoso.

Temminck refiere que en Holanda, á fines del siglo último, se practicó la cría de hocos, si bien se abandonó después; pero como al decir esto se funda solo en un recuerdo de su juventud, pudiera haberse equivocado, ó cuando menos, esto es lo que tienden á probar varios ensayos hechos últimamente con mucha detención. No es fácil, sin embargo, que se reproduzcan estas aves cautivas, y cuesta mucho conservarlas: pues aunque todas se acostumbran con facilidad á un nuevo alimento, y en este sentido no causan molestia alguna, en invierno necesitan un recinto bien caliente, pues de lo contrario se les hielan los dedos, ya que no perezca el individuo. Léjos de vivir estas aves en buena armonía, como se ha creído, empeñan entre sí, ó con las gallinas, reñida pelea,

y por lo tanto no se las puede tener con otros volátiles en el mismo corral. Por otra parte, no ofrecen interés si no se las pone en un recinto bastante vasto; si es reducido carecen de atractivo, pues permanecen horas enteras inmóviles en el mismo sitio, y es preciso ahuyentarlas para que den pruebas de su agilidad. Es una suerte también que no dejen oír su voz sino en el período del celo, pues de otro modo, no se las podría aguantar por sus desagradables gruñidos y silbidos. Antes de emitir su voz permanecen largo tiempo posadas en

el mismo sitio; aspiran con fuerza una cantidad de aire, le almacenan en sus pulmones, y le dejan salir á intervalos produciendo sonidos singulares. No se sabe si su gruñido es ó no un grito de amor, porque estas aves no aparentan ser muy ardientes; el macho que se dispone á cantar no hace aprecio de su hembra, la cual parece pagarle con la misma moneda.

Varios individuos que yo cuidé mucho tiempo bufaron y silbaron semanas enteras sin hacer nunca la menor tentativa de apareamiento. Ciertamente que tenemos varios relatos en que



Fig. 151.—EL HOACTZIN MOÑUDO

se habla de aves de esta especie criadas con buen éxito, y aun se nos ha dicho que una hembra puso quince huevos hasta salir los pollos; pero todos estos relatos son inexactos ó inventados: solo uno me parece digno de mención.

«He tenido en mi posesión, escribe Pomme, seis hembras de hoco, y solo cuatro machos, desproporcion por la cual reconozco que esta ave es monógama. Aunque las hembras no estén apareadas, ponen lo mismo y buscan las caricias del primer macho que encuentran; pero no hacen nada más en las funciones de la reproducción. No se cuidan de formar un nido; depositan los huevos en cualquier parte, y con más frecuencia cuando están posadas. Las que tienen macho, por el contrario, ponen siempre en el nido que prepara este último, pues él es quien lo hace siempre. Debo añadir que es raro, por lo menos en Francia, que las hembras se ocupen en la incubación; de todas las que yo pude obtener, solo una quiso cubrir, y únicamente cinco pusieron huevos; la sexta se apareó varios años, y buscaba al macho; pero nunca puso. Las hembras que llegan permanecen indiferentes é insensibles durante el primer año de su importación: al segundo se

aparean; pero rara vez ponen, ó bien dan huevos sin cáscara; al tercero existe esta, aunque es frágil é imperfecta; y hasta el cuarto no desaparece el defecto del todo. Cada hembra pone tres veces al año cuando no cubre; si lo hace, no anida sino una, hácia fines del mes de abril ó á principios de mayo. La incubación dura de treinta y uno á treinta y dos días: en mi casa han sido las puestas de dos huevos, y algunas veces, aunque raras, de tres.

«Casi todos los huevos que yo recogí estaban fecundados, pero casi ninguno se encontraba en buenas condiciones, pues el pollo moría en el cascarón después de su completo desarrollo, cual si le hubiese faltado la fuerza en el momento de salir á luz. Esto es lo que sucede con harta frecuencia, en nuestro país, á las especies indígenas, cuando la madre no está bastante buena en el momento de poner. Sin embargo, tres veces pudieron vencer los pollos la dificultad de nacer, mas aunque vigorosos, solo vivieron tres ó cuatro días; no tomaban alimento, y morían evidentemente de hambre. Manteníanse siempre separados de la pava que los había cubierto, pues entonces carecía de hembra de hoco que se